

Las gotas caían densas y pesadas formando una espesa cortina que arrastraba en plomizo el perfil de un Madrid que figuraba no dejar de chorrear, Jaime parapetado tras el cristal del Uber, que le llevaba camino de las cuatro torres, se disipaba entre los charcos que pareciese pretendían desbordar la ciudad. La tarde se había teñido definitivamente de gris ceniciento continuando lo que ya aparentaba ser el ambiente perpetuo de una ciudad en la que no había cesado de llover en las dos últimas semanas. Sus ensoñaciones se alejaban con mayor velocidad que el tráfico que le rodeaba, que no mostraba la más mínima intención de avanzar. Con la mirada perdida sin atender a forma ni imagen alguna buscaba en vano consuelo para su alma, que se ahogaba en las balsas que recibían con ansia el aguacero, sumida por el peso de la angustia y desolación que le lastraba. En apenas veinte minutos debería mantener una reunión que estaba llamada a cambiar el curso de su vida, en otro momento la adrenalina golpearía con intensidad su pecho al ritmo creciente de un bombeo que prometiese con escapar por las sienes, en cambio, nada de eso percibía ahora, como si con él no fuera, no sentía sino una opresión en la boca del estómago que cuajaba en un sudor frío que lo sometía con una sensación de asfixia, como si una manta, una oscura opresión, buscase envolverle, cubrirle, reducirle hasta dejarlo convertido en nada. El coche reanudó lenta y toscamente su marcha a empujones por lo denso del tráfico colapsado por la espesa cortina de agua que no cesaba de enaguar las calles de Madrid. El atasco que en otra circunstancia hubiera desesperado a Jaime, en estos momentos apenas era percibido, no era capaz de recuperarlo de su ensimismamiento, no era posible rescatarlo de esos pensamientos tan negros que le oprimían en estos momentos anegando su voluntad hasta someterlo como muñeco de trapo. La tarde no ayudaba, la borrasca continuaba persistente desplomándose sin tregua. Jaime hacía cuarenta años menos tres días exactos que nació una tarde bien distinta a la actual, en un hospital del barrio de Salamanca, en el número 49 de la calle Juan Bravo de Madrid. El pequeño de tres hermanos, el menos entusiasta para los estudios, el que más preocupaciones dio a sus padres con respecto a su futuro, y que con el tiempo dio muestras evidentes contra todo pronóstico de mayor empuje para abrirse paso en la vida, cosa bien distinta si hablamos de su estado de ánimo, aquí continuaba siendo el pesar no ya de sus fallecidos padres sino de sus hermanos mayores, quienes a pesar de la evidente edad de los tres continuaban tratándole como el hermano menor que fue y será.

En la planta 35 de Torrecristal en las oficinas de New Work Expansión todo estaba preparado ya, aguardando la llegada de los asistentes, entre los que debería estar y dar lo mejor de sí mismo Jaime, siempre que consiguiese acaso por unos minutos salir y romper con la podredumbre que le asfixiaba. En la sala de juntas Marta ajustaba los últimos detalles, las tablets dispuestas todas alrededor de la mesa, la jarra debidamente llena en el centro de esta. Marta apenas llevaba seis meses en su nuevo trabajo, con sus veintinueve años había dejado atrás lo más duro de la crisis económica que había sacudido tan duramente el país hacía ya diez años, apenas imperceptible para ella, demasiado angustiosa para sus padres que habían visto el cielo abierto tras la incorporación al mercado laboral de su única hija, tras la muy frágil e impostada recuperación, crisis que nuevamente amenazaba con retornar como mantra perpetuo de las miserias de esta España, que parecía empeñada en devorarse, asomándose irremisiblemente a un nuevo ciclo de ralentización económica mundial, con una inestabilidad gubernamental sin precedentes en la

historia de su democracia. New Work Expansión era una ambiciosa y potente empresa de gestión de aplicaciones y nuevas tecnologías, con un osado proyecto en ciernes basado en un algoritmo que podría suponer un salto exponencial en el tratamiento del big data. Los abogados ya estaban aguardando en la sala, dos jóvenes promesas de la firma Garrigues, que no había considerado la cuenta lo suficientemente atractiva como para enviar un abogado senior, impecablemente trajeados, eso sí, denotando una impostada superioridad consumían displicentemente la espera sin levantar su mirada de sus iphone, aplicando más interés en teclear compulsivamente los mismos que al verdadero sentido de aquello que fuere lo que tan absortos les pudiera tener. Se encontraba presente también el consultor que representaba al fondo de inversión que debería poner el dinero, Marcos de Almagro, un tipo curtido ya en mil batallas de olfato fino, intermediador en no pocas operaciones, de hondo calado y profundo sentido pragmático, esencial para una operación como la presente toda vez que su presencia garantizaba que el debate se centrara en lo relevante y no en estériles formalismos. Los dos socios de New Work Expansión, Alfredo e Iván dos jóvenes encantados de conocerse, sorprendidos por lo repentino de un éxito empresarial para el que sin duda no se encontraban preparados. Tan solo faltaba Jaime, que aún permanecía varado en el Infinity de Uber que le acercaba a Torrecristal, había avisado por móvil de su retraso, lucía un traje de Cortefiel sin corbata, zapatos y bajos del pantalón empapados en agua, incipiente barba de apenas una semana. Era licenciado en derecho master en asesoría de empresas, obtenidas ambas titulaciones con más dinero que esfuerzo, la primera en la Universidad Europea de Madrid, por no haber podido por nota acceder a la universidad pública, todo lo contrario que su hermano mayor el primogénito de la saga, Andrés, siete años mayor en edad, licenciado en derecho también, pero por la universidad pública, y con un expediente significativamente más brillante que el suyo, técnico de la Administración del Estado, puesto seguro, vida estable, todo comodidad y confort, casado sin hijos pero con dos perros, y casa en Torreledones, entre ambos hermanos se abría un mundo de irreconciliables sentidos encontrados, el uno acomodado en una vida de tranquilidad y seguridad no podía soportar el carácter inestable del otro por mucho cariño de hermano que profesase por él, motivo por el que cada vez con más ahínco le cerraba las puertas de su corazón y de su casa. El otro, no terminaba de entender y despreciaba cada vez con más encono lo que consideraba una falta grave de desarrollo personal de su hermano, quien con mayor talento que él, se había acomodado a un trabajo sin pasión alguna, en una vida de musitada monotonía, de comodidad inhabitada. Dos caracteres tan dispares que acaso se pudiera dudar de su paternidad común, en el medio se hallaba Esther, la hermana mediana, el equilibrio entre ambos, mujer tan brillante como desafortunada, soltera más por falta de ocasión que por vocación, licenciada en económicas, de un talento indudablemente más brillante que cualquiera de ellos, que se marchitaba en una triste oficina del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria para el que trabajaba. Hacía ya más de diez años que sus padres les dejaron, primero fue Carmen, la madre, el cariño del hogar que dio unidad y equilibrio con su incesante sacrificio a la familia, mujer de salud delicada se diría que consumió la poca vida entregándose en amor a sus hijos. Poco después Marcial, el padre de fuerte carácter que sacrificó, según su conciencia, su vida en una espartana austeridad en aras al mejor porvenir de su prole. Este como si no hubiere sido capaz de superar la pérdida de su mujer apenas si le sobrevivió dos años. No eran mayores cuando ambos abandonaron este mundo, setenta, y setenta y cuatro años respectivamente. Carmen

murió de un repentino cáncer que descolocó a todo el cuadro oncológico del Hospital Clínico San Carlos, quienes no atendieron a explicar el porqué de tan fulgurante desarrollo a su avanzada edad. Marcial contrajo una virulenta infección que a través del torrente sanguíneo degeneró en un fallo multiorgánico. El desenlace tan rápido de ambas enfermedades fue encajado de muy diferente manera por los hermanos, mientras que para Andrés y Esther aquello supuso un golpe que les afectó más dramáticamente de lo que imaginaban, sin embargo para Jaime supuso una liberación. La idea de enfrentarse a una lenta agonía de sus padres siempre le había aterrado, él nunca supo ser el hijo perfecto, ni tan cariñoso como Andrés ni tan obediente como Esther, él fue siempre distinto, siempre le costó mostrar sus sentimientos, nunca mantuvo un renuente calendario de visitas a sus padres a quienes por encima de todo los quería y respetaba, mucho más de lo que ellos nunca llegaron a sospechar, su muerte le sorprendió, pues lejos de mostrar arrepentimiento alguno por no haber sido capaz de mostrarles todo su cariño, sintió un balsámico alivio, sintió que ya no les fallaría más, que ya no tendría que esconderse más, ya no habría que buscar más excusas, se acabó ya definitivamente el sentirse mal por no estar a una altura que él sentía nunca alcanzar. No siempre fue así, hubo un pasado distinto, hubo un momento en el que la relación entre los dos hermanos no fue tan distante. Los García Cortés fueron una típica familia de la clase media de la transición, de aquellas que con sobre esfuerzo no cesaron de lograr los hitos del milagro económico español del desarrollo franquista, Marcial concatenaba trabajos estirando hasta el límite del horario solar la jornada laboral con el fin de hacer frente a las letras del seiscientos, del chalet en la sierra, los ahorros para los estudios de los hijos, todo ello renunciando a una vida propia que nunca llegó siquiera a existir, sacrificada en el altar de una familia y de una prosperidad que fagocitó todo atisbo de dicha propia. En aquellos años, mientras los padres renunciaban a todo propósito de disfrute propio, Andrés y Jaime crecían despreocupados sin más nubarrones sobre su ánimo que las reprimendas de Marcial cada evaluación. Por aquel entonces Jaime idolatraba a Andrés, este encarnaba todo cuanto se podía ser, este era todo carisma, todo ingenio, jamás suspendía asignatura alguna, jugaba al fútbol, al baloncesto, y a todo cuanto se propusiese. En el patio del colegio, en el barrio, no había equipo que no quisiese a Andrés en sus filas, y este no hacía movimiento, no daba un paso sin Jaime, sin su hermano. Que lejos quedaban ahora aquellos momentos, ¿cuándo se abrió la brecha que les separó? ¿Cuándo les distanció la vida? Jaime no alcanzaba a recordar que ocurrió cuando se quebró el amor con su hermano, cuando se trunció el hilo que les unía, es más no alcanzaba a encontrar el porqué, como quiera que fuera ahora eran más que dos desconocidos, eran dos polos que se repelen, eran la espina clavada en el alma de Esther, quien en verdad sufría el abismo creado entre sus hermanos. El origen de la separación se antojaba tan lejano que ni se veía ni se reconocía, el final por el contrario sí se encontraba muy cercano, tras la muerte de Marcial los reproches mutuos que se cruzaron ambos hermanos fueron tan duros, tan descarnados, que ya no era imaginable una reconciliación, una solución que tan solo cabía ya en el corazón siempre confiado de Esther. Andrés nunca pudo entender el desapego de su hermano, su carácter tan inaccesible, tan distante, tan hermético, pero sobre todo que no hubiere sido capaz de guardar las formas, de haber mantenido la apariencia ante sus padres, de esa familia forjada en unidad y armonía, de perfección y buenas maneras, que no hubiere sido capaz de adoptar siquiera el papel de hijo modelo de visita de domingo, comida, y siesta en casa paterna, precisamente eso era todo

cuanto Jaime más repudiaba, desde lo más hondo de su estómago nacía su animadversión a la impostura, nunca pudo hacer un papel, su cara sin filtro era una continua proyección de sus sentimientos, de una transparencia que tantas consecuencias le acarreó en su vida. Esther mantenía tanta equidistancia como le permitía el equilibrio de no tratar de ofender a ninguno de los dos, cuestión que de suyo era imposible, además debía tratar de disimular la mayor inclinación que de siempre había mostrado por Jaime, cuestión que en no pocas ocasiones supuso no ser justa con él. Esther había heredado todas las cualidades de su madre, Jaime sentía un verdadero cariño por su hermana, por ello, por mucho que ella tomase en más ocasiones de las debidas postura en favor de Andrés, Jaime nunca le mostró el más mínimo rencor. Esther vivía en un piso en la calle de Espronceda, no era muy grande, pero para ella sola le sobraba y bastaba, Jaime acudía con frecuencia a casa de su hermana, en ella se encontraba cómodo, como solía decir, allí encontraba la paz que le faltaba, solo en este lugar era capaz de encontrar alivio cuando la angustia se adueñaba de él. Esther creció siempre desubicada, en el medio de entre dos hermanos varones, con pocas amigas, condenada a no brillar siendo con mucho la más aventajada de los tres hermanos, con un padre que nunca la reconoció en su verdadera estima, sin un reproche sin embargo en sus labios. Un alma de paso discreto por la vida, sin más ambición que la de ser feliz y hacer felices a sus hermanos, sin reparar en medir si la vida había sido o no justa en su retribución. Mantenía, entre las pocas amistades con las que contaba, una sincera desde su pasado universitario con Pilar, no se veían mucho, su vida era bien distinta, pero el cariño que se profesaban era profundo. Pilar estaba divorciada, con dos niños de catorce y doce años respectivamente, trabajaba en la Delegación de Hacienda de Guzmán el Bueno como agente tributario, su sueldo y los alimentos que le pasaba su exmarido le permitían llevar una vida suficientemente cómoda en lo que a la economía se refiere, otra cosa bien distinta era la siempre ingrata labor de educar a sus dos hijos en una edad que empezaba a ser complicada de afrontar, y más sin la ayuda del padre el cual se limitaba a despachar el trámite de las visitas sin manifestar ninguna implicación. Ambas amigas se veían poco, y cuando se veían las más de las veces era a instancias de Pilar quien acudía a Esther como su paño de lágrimas, que asumía gustosa esta carga más a sus espaldas, fuera de estos momentos los encuentros entre ambas amigas podían distanciarse por meses. Pilar se limitaba a mantener un contacto fluido por whatsapp, mientras que Esther seguía la vida de su amiga a través de las redes sociales, Esther lo excusaba todo por lo muy complicada que podía llegar a ser la vida de su amiga, y se confortaba con pensar que no saber de ella era la mejor forma de conocer que le iba bien, cuando la volviese a necesitar ella estaría a su disposición, además ella no se encontraría a gusto en las fiestas y viajes que su amiga solía subir para hacer públicos en las redes. Pilar y Esther se conocieron en primero de económicas en la Universidad Autónoma de Madrid, el primer año para Esther fue bastante duro, se sentía muy perdida en la universidad, enseguida Esther buscó y encontró refugio en Pilar, Pilar se mostró con ella siempre muy cercana, entre las dos se creó un lazo poderoso de esos que perduran aun a pesar de los tiempos y las circunstancias, hubo momentos de todo, de mucha cercanía y de mayor lejanía, pero hubo siempre una conexión entre las dos almas acrisolada tras cientos de avatares, una amistad que Jaime nunca comprendió, más quizás por celos que por juicio objetivo, y que en alguna ocasión osó censurar ante su hermana topándose con el duro reproche de esta, que nunca, salvo en estas ocasiones, mostró dureza en el trato con su hermano. Esther

acostumbraba a tener en muy alta consideración las opiniones y consejos de su hermano, pero en esto era inflexible, muchos años y muchas vivencias les unían y nadie ni tan siquiera su hermano podría revertir los sentimientos forjados tras tanto pasado vivido y compartido. Ambas amigas vivieron con mucha intensidad los años universitarios, las fiestas de la primavera en el campus, las noches madrileñas, la dureza de los exámenes universitarios, la moda de los viajes durante el tercer curso universitario de fin de semana a Salamanca, las noches locas salmantinas. Pilar siempre mostró, frente al sexo masculino un mayor atractivo que Esther, que además de sentirse fea sentía una timidez que le bloqueaba de tal forma que le dificultaba en mucho tan siquiera trabar cualquier amistad, y no ya entablar relación. En quinto curso, tras el parón de la Semana Santa, Pilar y Esther conocieron a dos chicos una noche en una terraza de Rosales, Miguel y Roberto. Miguel comenzó rápido una relación con Pilar, esa misma noche. Roberto tardó un poco más en decidirse, fue, que duda cabe un trimestre muy intenso para ambas amigas, mucho mayor para Esther que para Pilar quien no mostró un excesivo entusiasmo por Miguel, todo lo contrario que Esther, quien sin embargo vibró ese trimestre como en su vida, con el amor rendido a sus pies, confidencias continuas con su amiga, y el fin de la carrera universitaria en el horizonte, ajena por completo al destino que la vida comenzaba a prepararle se entregó loca a la montaña rusa de sensaciones que se le abrían ante sí, conforme pasaban los días los sentimientos entre los cuatro viraban caprichosamente, así, cuanto más entusiasmo evidenciaba Esther, Roberto rolaba a una frialdad que nada bueno hacía presagiar, mientras Pilar comenzaba a experimentar un cierto afecto que amenazaba convertirse en amor hacía Miguel, el único que no mostró la más mínima mutación, permaneciendo en ese carácter tan suyo de niño hecho grande sin mayor preocupación que su continua diversión, la vida para él era un juego, solo un juego que le abría las puertas a otro juego, que a su vez le trasladaba a otro, y así sucedía uno tras otro sin el mayor atisbo de querer detenerse, de aspirar a centrarse, a serenarse, a asumir el más mínimo compromiso, no ya siquiera hablar de la palabra entrega, inexistente en su vocabulario, sin embargo Pilar supo ser su contrapunto, supo encajar en su vida adaptándose a su superficialidad, a su inmadurez, quiso soñar con ser ella quien consiguiese convertirlo, quiso creerlo, pero nadie cambia y Miguel no iba a ser el primero. Pilar consiguió de Miguel hacerle pasar por el altar, pero Miguel no estaba hecho para el compromiso y dieciséis años y dos hijos después de la ceremonia decidió marcharse, fiel a su esencia nunca tuvo el más mínimo reparo en asumir con la asignación económica que se le impuso para el mantenimiento de sus hijos, cosa distinta fue la asunción de responsabilidad alguna en su educación, de la que nunca mostró el más mínimo interés. Mucho más breve fue la relación entre Roberto y Esther, quienes no llegaron a superar el verano de la licenciatura de Esther, quien eufórica tras la consecución de su título universitario, y ante lo que era el primero y más firme amor de su vida decidió aceptar su propuesta y pasar parte del verano juntos en una casa en Comillas de los padres de él, a la cual estos nunca acudían. Aquellos días fueron los más felices en la vida de Esther, acaso la única recompensa que esta le tenía deparada, o acaso se pueda considerar el preludio del primer y más severo revés que le tenía reservado. Ciega de amor se entregó por completo, apuró a grandes sorbos la dicha de cada uno de los instantes vividos aquel verano, como si acaso fuere consciente sin serlo que tanta dicha no podía durar, tan intensidad no podía sino ser efímera como la vida de una mariposa, acaso la vida es más sabia que nuestro corto entendimiento, acaso sepa que el hombre no está preparado para

tanto ímpetu de gozo si este no es en esencia efímero, acaso deba ser así para conservar esa arrasadora magia, esa desbordante pasión. Como fuere, Esther apuró a grandes tragos toda la dicha que la vida le tenía deparada en aquellos diez días en la localidad cántabra donde disfrutó de sus sin duda mejores vacaciones. Se entregó por completo a Roberto que la hizo suya, vivió sin freno, sin cortapisas ni reparos. Acabados aquellos días la vida le retiró de golpe y sin preaviso todo cuanto le había regalado con tanta prodigalidad. Una tarde, ya en Madrid, Roberto y ella quedaron en el parque del Retiro, uno de los lugares que más le gustaban a Esther, mientras paseaban por la rosaleda Roberto tomó enseguida el peso de la conversación, comenzó hablando sin mucho sentido del futuro, de sus planes, de sus ambiciones, de ciertos sueños no cumplidos, y así, sin alcanzar a comprender bien el porqué, un temor negro se adentró como por embrujo en el corazón de Esther, la vida se detuvo por un instante ante ella, un abismo se abrió a sus pies, nada había ocurrido aún pero en lo hondo de su conciencia se evidenció que algo no iba bien, como animalillo asustado, petrificado por el terror, no sabía si huir, seguir, esconderse, las piernas no le respondían, su cuerpo no le seguía, arrastraba los pies siguiendo el paso marcado por Roberto sin saber como ni porque impulso sus piernas se movían, no podía respirar, el corazón desbocado se le salía del pecho, no podía tan siquiera girar la cabeza, no soportaba el peso de los parpados, solo quería esconderse, no quería estar allí. Las palabras de Roberto caían pesadas de su boca, densas y espesas como el lodo, Esther recobró lentamente la conciencia de lo que le estaba diciendo, o de lo que pretendía decirle. Las frases sonaban inconexas, aún carecían de un sentido, pero a Esther se le había caído ya la venda de su corazón, sabía antes de que Roberto lo dijese aquello que él no encontraba la forma de argumentar, él aún continuaba dando barrocos giros sobre su futuro, sobre un futuro en el que no citaba ya a Esther, y en el que ella ya no se veía en él, y así, sin hilo argumental, la conversación, o por mejor decir el monólogo de Roberto giró para centrarse en la persona de Esther, con una descripción precisa y minuciosa de sus virtudes, tan ciertas como forzada y sin sentimiento fue la enunciación que de las mismas estaba haciendo, y entonces en un nuevo giro, Roberto en contraposición con lo dicho sobre ella, y con la cabeza hundida entre sus hombros, con el mentón queriendo abrirse paso entre su pecho, la vista clavada en la punta sus zapatos, comenzó a narrar los muchos defectos y cuan lejos quedaba él de las virtudes y de la figura de Esther, quien ya no prestaba la más mínima atención a las palabras que continuaban cayendo pesadas desde la boca de Roberto, Esther temblaba como una hoja, mitad de ira, mitad de terror. Roberto se detuvo en seco mientras de su garganta se arrastraba el final de la relación, él llegó a esa conclusión que vomitó cansinamente, Esther continuaba andando, lenta, pesada, mecánicamente, Roberto parado veía, no sin asombro como Esther continuaba su paso, no se detenía, no se giraba, parecía como si no le hubiere oído, intentó asirla por el brazo pero no lo hizo. Así clavado en el suelo de la rosaleda del Retiro contempló como Esther se alejaba definitivamente para salir de su vida y nunca más volver. Ella no se volvió, sentía vergüenza, odio, tristeza, amargura, frustración mucha frustración, inconscientemente apretó su paso queriendo dejar atrás tanto dolor, como si este pudiese encarnarse en la figura de Roberto y quedarse allí clavado en la rosaleda del Retiro dejándolo atrás, como si pudiese olvidarse el daño, desaparecer por solo dejarlo atrás, por no girarse, por no mirarlo, por no reconocerlo. Continuó andando paso tras paso como un autómatas, ajena por completo a su cuerpo hasta alcanzar la Avenida Menéndez Pelayo, giró en dirección a Príncipe de Vergara, y así siguió paso a paso dejando tras de si a Roberto, La

rosaleta, el Retiro, la idea era tomar un taxi pero ni siquiera llegó a salir de su cerebro tras ser concebida, continuaba andando como si no tuviere más sentido en su vida que el de permanecer en una continua travesía, y así siguió y siguió sin pensar, sin sentir, lo único que recuerda de todo es el olor de las rosas, dulzón, punzante, retenido en su memoria penetrando hasta lo más hondo de su recuerdo. Tres días transcurrieron sin que Esther supiese del mundo ni el mundo de Esther, Pilar fue la primera en escuchar su voz, la primera en saber de ella, la primera en conocer los detalles de la ruptura, el primer apoyo que buscó Esther, el único al que podía acudir. Tras esta desilusión el corazón de Esther con el tiempo sanó, curó sus heridas y se recuperó, pero nunca volvió a encontrar con quien entregarse, a quien amar, como si se hubiere cerrado y secado para siempre. Cierto que nunca fue una mujer físicamente atractiva, pero en cambio sí que poseía un corazón grande y hermoso como pocas personas puedan tener igual. Los meses siguientes transcurrieron en un estado de aletargamiento durante los cuales para Esther no existía más persona en este mundo que Pilar, ni sus padres, ni sus hermanos, los cuales reaccionaron de forma bien distinta, Andrés mostrando una indiferencia menos real que imposturada, Jaime con una vehemencia fruto de su edad más joven y fogosa, se labró el firme propósito de encontrarse con Roberto y ajustar unas cuentas que se había tomado demasiado personalmente, para lo cual anduvo dos semanas frecuentando infructuosamente los barrios por donde acostumbraba a moverse Roberto, quien diríase se lo hubiese tragado la tierra, o la rosaleta del Retiro lugar donde por última vez le vio Esther y pudiera pensarse que el mundo. Pilar se volcó en las labores de reconstrucción de su amiga, aplicándose al trabajo con verdadero interés y método, de fuera a dentro, primeramente afanándose en recomponer el rostro demacrado de su amiga, abandonada por completo al dolor, para ir profundizando en su reconstrucción conforme se conseguía ir ganando terreno a la pena. Así ambas amigas quedaban todas las tardes, tomaban un café no sin primero tener una sesión de maquillaje fuesen o no fuesen a salir a la calle, que la verdad en un principio casi nunca terminaban haciendo, hasta llegado el momento a primeros de noviembre, un día de sol brillante y temperatura muy agradable propia del suave otoño de Madrid, en el que Esther al fin decidió salir a pasear sin rumbo fijo ni que hacer claro, con el solo y firme propósito de tomar el aire, de oxigenar el cerebro, así alcanzó el segundo paso propio de su reconstrucción antes de llegar a su corazón, objetivo final de este proceso. Pilar continuaba su relación con Miguel, si bien esta había entrado en una nueva fase fruto de las necesidades de Esther, nueva fase de menos contacto, de menor intensidad en la relación, fase que Miguel supo entender, comprender, y aprovechar para flirtear y mantener cuantos caprichos y encuentros pudo con otras mujeres en aquellos días que no veía a Pilar. Mientras las dos amigas se afanaban en disfrutar cada momento juntas, Pilar le contó a su amiga que había decidido opositar, procuraba no hablar de Miguel ni de su relación por no ahondar en su pena. Pilar era una mujer nacida para el éxito, de niña fue siempre alegre, siempre dicharachera, siempre vivaz, de una belleza muy expresiva, y creció ahondando en belleza y alegría, fue siempre una chica de brillantes dotes, de una habilidad innata para el estudio, con facilidad para sacar resultados brillantes en todos y cada uno de los cursos que fue afrontando, nacida en el seno de una familia acomodada de Puerta Hierro, dotada de una gran capacidad de relación, chica brillante con grandes dotes de liderazgo, llegó a la adolescencia acostumbrada a ser el referente allí donde fuere, con sus amigas, en clase, en las actividades extraescolares. Vivía ya acostumbrada a ser ella quien elegía entre un

elenco de pretendientes, una chica alta de gran atractivo de unos ojos azules tan pálidos que se veían grises, de un gris acerado. Así llegó a la universidad, pasando sobradamente el corte de selectividad, con amplio margen para la elección de los estudios que quisiese y estos no fueron otros que los de la licenciatura en económicas por la Universidad Autónoma de Madrid, donde llegó rebosando optimismo y alegría, optimismo y alegría que desbordó a una asustada y timorata Esther en su primer año en la facultad, rescatándola de un mundo el universitario que se le hacía demasiado grande y complicado. Esther se aferró a Pilar como naufrago a una tabla, y Pilar de siempre sintió una especial inclinación por aquella chica que tanto la admiraba, no por ese hecho sino porque supo ver desde muy temprano instante el corazón que encerraba aquella amiga desgarrada y poco agraciada. Pilar venía de un ambiente radicalmente distinto al propio de Esther, la niña favorita de su padre, sin una preocupación sobre sus hombros, creciendo en confianza y seguridad, una autoestima que le empujaba a un optimismo a prueba de fuego, una entereza a la que se asió Esther queriendo absorverla toda de un trago, y así fue año tras año. Esther creció y vivió la universidad a la sombra de Pilar, y esta se volcó en compartir su vida, la presente y la pasada con su amiga, Pilar quiso compartir todo su pasado con Esther, quiso que conociese su infancia los rincones donde disfrutó de las más dichosas vacaciones que niña alguna pudiese soñar. El primer verano universitario lo disfrutaron ambas amigas juntas, fue en Marbella, en la casa donde Pilar había pasado la mayor parte de sus vacaciones desde la infancia hasta la universidad, Esther disfrutaba tanto con cada momento, aquellos fueron los años más gozosos de su vida, que duda cabe. Ahora ambas amigas recordaban aquellos años, dedicaban tardes enteras en recordar momentos ya pasados, intensamente vividos. En concreto recordaron una tarde del primer verano que pasaron juntas, paseaban por Puerto Banus, el verano ya decaía, el curso había concluido bastante bien, todas aprobadas por Esther, Pilar podía presumir de algún sobresaliente, apuraban las horas de una de sus últimas tardes estivales en la dársena del puerto de Puerto Banus, estaban sentadas a los pies de la capilla de la Virgen del Carmen en el puerto, había sido un verano muy especial para las dos, Pilar se encontraba feliz de compartir su mundo, su vida, con Esther a quien de verdad había tomado un cariño muy especial, para esta había sido un verano tan especial, tan novedoso, tan apasionante que marcó un antes y un después. Esa tarde en el puerto, entre risas revivían escenas, momentos intensos de apenas unos días pero que ahora se les antojaban tan lejanos, ninguna de la dos bebió ese verano de los labios del amor, pero no les importaba eso ahora mismo, sin embargo no dejaban de recordarse la una a la otra las ocasiones que se habían presentado y no habían aprovechado a lo largo del verano que ya languidecía. Ambas se negaban y reprochaban mutuamente los romances no fructificados, los pretendientes ignorados, la lista de Pilar en este punto que duda cabe era con mucho más extensa que la de Esther, quien para su sorpresa no podía sino agregar aquellos nombres que Pilar se empeñaba en traer a colación. Los días ya comenzaban a acortar, aún no habían decidido donde cenar, sí tenían claro que hoy no cenaban en casa. Esther comenzaba a sentir cierto pudor, su posición económica no le permitía llevar el ritmo de derroche en que habían incurrido los últimos veinticinco días, Pilar tenía una visión muy distinta, para ella el dinero carecía del valor que generalmente se le daba, para ella era un medio, un medio a su alcance del cual solo se servía para la obtención de un fin, disfrutar, disfrutar de la vida, de su nueva amistad, de todo. No le importaba en absoluto el desequilibrio en las aportaciones, no es que no le

importase, antes bien, ni tan siquiera pensaba en ello, no dedicaba un solo segundo, realmente no le daba valor al dinero, muy por encima estaba su dicha, disfrutar la vida, el momento, y no consentía en ningún caso y bajo ninguna circunstancia que Esther tratase siquiera sacar ese tema de conversación. Pilar ya lo había decidido por las dos, esta noche cenarían en La Hacienda, era un sitio que a sus padres les gustaba mucho, acostumbraban a ir allí toda la familia, pero hoy sería algo de ellas dos. Una buena cena, con un buen vino blanco fresquito muy fresquito, para soltarles la lengua, y después de la cena dejarse llevar por la noche, apenas si les restaban ya tres noches más en Marbella, tres noches más y vuelta a Madrid. Pilar quería exprimir los últimos días que le quedaban al verano malacitano, Esther no quería que este acabase.

Mientras muy lejos de allí Jaime holgazaneaba tras haber concluido tercero de BUP, aprobando como de costumbre por los pelos, comenzaría COU, y aún no había decidido que hacer con su vida,